

distas muy temprano. Nunca se esperó lo que pasó. De pronto, al término de la conferencia, los periodistas ahí reunidos empezaron a cantarle al unísono y con dedito índice acusador moviéndose a ritmo: “Tieeene novia, tieeene novia”. Él no dijo nada, sólo se retiró sonriente, cual adolescente apenado.

Flores blancas en son de paz

Había que exprimir la primicia hasta la última gota. Tras el terremoto mediático de ocho grados en la escala de Richter que había generado la portada de *Quién* en la que se revelaba el romance secreto del entonces jefe de Gobierno del DF, Andrés Manuel López Obrador, con el pegajoso título de “Tiene novia” (27 de mayo de 2005), Blanca Gómez Morera, editora general de la revista, estaba obsesionada con un tema: que la primera entrevista de Beatriz Gutiérrez Mueller, la dueña del corazón de El Peje, fuera para *Quién*.

La consigna estaba sobre la mesa. Para lograr que las cosas sucedieran, Jessica Sáenz, quien había estado al frente de aquella investigación especial, y Alberto Tavira Álvarez, en su calidad de editor de política, unieron fuerzas y armaron un plan que, a grandes rasgos, consistía en que ambos se apersonaran en la casa de la novia de AMLO y, sin más, aplicar la clásica entrevista banquetera. Cualquier declaración improvisada era nota.

Seguramente Beatriz no estaría nada contenta con el reportaje publicado apenas unos meses atrás. De por sí era alérgica a salir en los medios de comunicación y, para acabarla, la re-

vista había sacado a la luz un aspecto de su vida muy privado. Así que Jess y Beto idearon una estrategia muy a su manera para no regresar con las manos vacías.

De entrada, necesitaban una foto más reciente de ella, porque las únicas con las que contaban (y prácticamente todos los medios, ya que a falta de propias, retomaban las de *Quién*) eran las que habían usado en la portada mencionada y las que Jessica había conseguido justo afuera de su casa, pero en las cuales estaba adentro de un coche y lo único que se veía era su cara, de perfil y con lentes, a través del espejo lateral. Por lo tanto, incluyeron en la comitiva a uno de los fotógrafos *paparazzi* de planta de *Quién*. Así, si ella no quería pronunciar palabra alguna, por lo menos tendrían un retrato nuevo que el fotógrafo se apresuraría a tomar cuando abriera la puerta.

El día de la visita, Beto llamó previamente por teléfono a casa de Beatriz para confirmar que estuviera ahí. El número se lo había dado Jess, quien a su vez lo había conseguido nada más ni nada menos que en el mismísimo directorio blanco.

“¿Bueno?”, contestó una mujer. Una vez que Beto escuchó su voz, cual puberto, rápidamente colgó sin decir una sola palabra. “Vámonos Jess, está en su casa, vámonos antes de que salga”, le dijo a su compañera y ambos, junto con el fotógrafo, salieron de la redacción rumbo al departamento de la novia de Andrés Manuel, ubicado en la calle Heriberto Frías, en la colonia Del Valle.

—Hay que comprarle unas flores en señal de buena voluntad —sugirió Jess antes de llegar al destino final—. No hay mujer que se resista a un arreglo de flores.

—Mejor no. Se nos va a hacer tarde y es probable que salga de su departamento —advirtió Beto con el estrés que le había generado la misión aunado a los nervios de punta que le había puesto el café expreso doble cortado con leche deslactosada que se había tomado en la mañana—. Además, ¿dónde vamos a encontrar una florería por aquí?

Peinaron el perímetro de la casa de Beatriz. A unas calles encontraron una posible respuesta: la agencia funeraria Gayosso de Félix Cuevas. Aunque no era exactamente lo que buscaban, ahí vendían flores.

—Ya está. Hay que llevarle una corona. La más grande. Ojalá que haya de girasoles —bromeó Beto.

—No seas gacho. Estás viendo la tempestad y no te hincas —le reclamó Jess entre risas.

—Pues el señor López ha dicho una y mil veces que a él “lo den por muerto”, ¿no? —la cafeína comenzaba a hacerle efecto a Beto.

Le dieron la espalda a Gayosso, cruzaron la avenida e ingresaron, irónicamente, a la Florería Beti. Ahí eligieron un arreglo que no tuviera un aspecto tan fúnebre.

—Por favor, póngale la tarjetita de la florería —le pidió Beto a la dependienta—, es que se lo vamos a regalar a una señora que se llama Beti y, aunque usted no lo crea, uno nunca sabe si esos detalles pueden marcar la diferencia.

El equipo de *Quién* estacionó el coche justo enfrente de la puerta de acceso al edificio donde vivía Beatriz. Todo estaba calculado. Mientras Jessica y Beto le entregaban las flores e

intentaban persuadirla de que les diera una entrevista, el fotógrafo, desde el interior del auto, tomaría las imágenes de “la Primera Dama del DF”.

Ensayaron la escena un par de veces con el fin de ubicar bien sus posiciones para no tapar las tomas de cuerpo entero de Beatriz.

La adrenalina hizo su arribo. Los protagonistas estaban frente a LA exclusiva. Tocaron el timbre del departamento de Beti.

—¿Quién? —preguntaron por el interfono.

—Buscamos a la señora Beatriz Gutiérrez, traemos un arreglo de la Florería Beti —respondió Beto asumiendo que los repartidores generalmente son hombres.

—Aquí no es —respondió la vecina y colgó. Sin más.

Primer dato confirmado. El de Beatriz no era el departamento del primer piso que ellos siempre habían creído. Era el de al lado.

Se repitió la escena.

—¿Quién es? —se oyó por el interfono.

—Buenos días. Buscamos a la señora Beatriz Gutiérrez, venimos de la Florería Beti a entregarle un arreglo de flores.

—¡Voy! —dijo una voz de mujer difícil de comparar con la que habían oído de Beti. Y de pronto bajó una señora en unas fachas que quedaron tatuadas en sus retinas. Con un fuerte jalón abrió la puerta de la entrada. Tomó el arreglo de flores. Les dio las gracias y cerró.

No hubo tiempo ni siquiera para parpadear. No hubo tiempo de reconocer si la que estaba frente a ellos era Beatriz. No

hubo tiempo de presentarse. No hubo tiempo de proponerle la entrevista. No hubo tiempo de decirle que habían elegido flores blancas como símbolo de paz. No hubo tiempo de nada.

—¡No mames! ¡No mames! ¡No mames! ¿Era Beatriz? —le preguntó Beto con el rostro pálido y la boca seca a Jessica.

—¡No creeeeeee! ¡No se parece en nada! —decía Jess impacitada— ¿Pero si no era Beti, entonces quién era? ¡Tampoco creo que haya sido su mamá!

—Algo me dice que sí era ella. Yo creo que sí era ella. ¡No puedo creer que la tuvimos enfrente y la dejamos ir! —se lamentaba Beto en medio de la incertidumbre— ¡¿Qué hacemos, carajo?! —

—Vamos al coche a ver las fotos que le tomaron y las comparamos con las que ya publicamos. Vas a ver que no se parecen para nada —sugirió Jess.

Ya dentro del auto, le pidieron al fotógrafo que les mostrara en la cámara lo que había tomado para salir de la duda.

—No hay fotos. No pude tomarla cuando salió —dijo apenado. A Beto y a Jessica se les desfiguró la cara.

—¡¿Es en serio que no hay ni una sola foto?! —intervino Beto con los esfínteres a punto de una incontinencia.

—Ni una sola. Perdón.

Jessica y Beto se bajaron del coche y se dirigieron rápidamente al interfono. Por dignidad propia, necesitaban confirmar la identidad de la mujer. Ahora sí tocaron directo en el departamento indicado.

—¿Quién? —preguntaron del otro lado de la bocina.

—Hola, ¿Beti? —interpeló Beto encomendándose al santo que ayuda a verificar que los nombres coincidan con las caras de la gente.

—¿Quién es? —se escuchó nuevamente por la bocina.

—Soy Alberto Tavira, de la revista *Quién*. Acabamos de traerte un arreglo floral y queremos confirmar que la señora que bajó a recogerlo te lo haya entregado.

—¿Cómo que si me lo entregaron? Si fui yo la que bajó —respondió.

—Bueno... eso es lo de menos —atajó Beto, haciendo gestos de apenado a Jess—, en realidad queremos proponerte una entrevista para la revista. Hemos venido hasta aquí para que seas tú la que cuente su propia historia.

—Será en otra ocasión. Por ahora no estoy dando entrevistas. Gracias por las flores —finalizó Beti.

No fue una conquista fácil. Luego del fracaso de las flores, tuvo que pasar casi un semestre para que Beatriz le tomara la llamada a Beto.

Él le había hecho marcaje personal de manera permanente y, entre los muchos mensajes que le había dejado en su contestadora automática, en uno de ellos, hacia finales de 2005, la invitaba a participar en el reportaje especial sobre las posibles Primeras Damas de México.

La carrera para ganar la presidencia del país estaba en pleno. Las elecciones se llevarían a cabo el 2 de julio de 2006 y la idea de la revista era entrevistar a las mujeres de los candidatos de los tres partidos principales, PRI, PAN y PRD,

con intención de mostrar al lector el lado humano de los contendientes.

El artículo estaba planeado para salir en enero de 2006, con tiempo suficiente para que los lectores de *Quién* tuvieran más conocimiento a la hora de votar de la personalidad del que podría ser el próximo presidente de México y además era el único número del año que duraba un mes en *newsstand*, por lo que el tema de portada debía ser muy fuerte.

Tiempo suficiente para los lectores, sí, pero no para el equipo de la revista, que debía cerrar esa edición a más tardar el día 15 de diciembre de 2005. A eso se le sumaba lo complicado que es encontrar a las personas en esas fechas de compromisos, fiestas y brindis navideños.

Días después de que dejara el mensaje, Beto volvió a llamar a casa de Beti. El cierre editorial estaba a la vuelta de la esquina y tenía toda la presión encima. Bajo la bendición de que quien resiste triunfa, le contestó.

Cuando Beto por fin logró hablar con ella, ya habían dado su testimonio para el reportaje Margarita Zavala Gómez del Campo, esposa del candidato del PAN, Felipe Calderón Hinojosa, así como Isabel de la Parra Trillo, esposa del candidato del PRI, Roberto Madrazo Pintado. “Sólo faltas tú”, le insistió. Ella le advirtió: “Te voy a dar la entrevista porque quiero que se aclaren varios datos incorrectos que han estado publicando sobre mí en sus ediciones anteriores”.

Beto esperaba que le diera una fecha próxima para la entrevista, por eso lo agarró en curva cuando lo apuró: “Y quiero que ahorita me grabes bien porque es la primera y última en-

trevista que doy”. Se apresuró a sacar la grabadora, ponerle el casete y conectarla al teléfono. Era en ese momento o nunca.

La conversación se publicó en la edición del 20 de enero de 2006. El reportaje de las posibles primeras damas salió con las mujeres de los tres candidatos a la presidencia de la República. Para una revista del corazón que había encontrado una veta en la política, no había mejor manera de comenzar el año electoral. Abajo del balazo “Se busca primera dama. Destapamos a las mujeres de los candidatos” aparecían las fotos de las susodichas; a la izquierda la de Beatriz Gutiérrez Mueller —la veintinueve que tenían porque no habían logrado nuevas— con la cita: “Si Andrés Manuel gana o no, me da igual”; al centro, Isabel de la Parra decía: “Es falso que mi enfermedad sea cáncer”, y a la derecha, Margarita Zavala con el *quote*: “Si fuera primera dama, no estorbaría”.

Ya en interiores, el sumario del texto contenía lo que en el argot periodístico se llama datos de color: “‘Madrax’ despierta a su esposa con sus ronquidos; ‘Jelipe’ tiene la manía insoponible de colgar su saco en la perilla de la puerta; y la novia del ‘Peje’ confiesa estar tan enamorada que se iría a vivir con él a una choza o un jacal”.

La consigna de Blanca se había cumplido. Y no sólo eso. En su primera entrevista como novia de Andrés Manuel López Obrador, Beatriz Gutiérrez había sido tan honesta y transparente que sus palabras causaron una revolución en el partido y en la relación; tanto que, mes y medio después, con un recuadro en su portada del 3 de marzo de 2006 en el que aparecía una imagen de AMLO sonriente y feliz, *Quién* anunciaba: “El

Peje vuelve a la soltería”. En un artículo de tres páginas firmado por Jessica Sáenz explicaba los motivos: “Allegados a la pareja aseguran que el perredista fue quien puso fin a la relación con Beatriz Gutiérrez”, decía el sumario y más adelante:

Se dice que al candidato por la coalición “Por el bien de todos” no le hicieron mucha gracia las declaraciones que Beatriz hizo a esta publicación en enero pasado (*Quién* 107), en las que, entre otras cosas, afirmó que no quisiera que AMLO fuera presidente porque implica mucho sacrificio en términos de familia, y se mostró indiferente en cuanto a si el candidato gana o no las próximas elecciones. Poco después de esto, él puso fin al noviazgo y se convirtió nuevamente en uno de los solteros de oro de México.

Así que lejos de escuchar campanas nupciales, *El Peje* se concentrará en ganar el mayor número de adeptos con miras a las elecciones del 2 de julio, y sólo quizá más adelante se preocupe por encontrar un “proyecto alternativo de relación”.

Resultó que las campañas nupciales no estuvieron tan lejanas y sólo se trató de una crisis momentánea, porque al terminar Andrés Manuel su concentración electoral y concentrarse en el plantón de Reforma, se casó con Beti. Según varios periódicos de circulación nacional, la boda fue el 16 de octubre de 2006. Seis meses después nació su primer hijo: Jesús Ernesto, quien fue concebido durante el plantón.

A lo mejor, después de perder las elecciones, López Obrador no quiso quedarse como el perro de las dos tortas, sin presidencia ni mujer, y prefirió asegurar una.

Poco tiempo después de publicado el artículo de las primeras damas, Beatriz trató de reivindicarse. Dio una entrevista a un suplemento de *El Universal*, periódico donde ella había sido colaboradora, pretendiendo desdecirse de lo confesado en *Quién*. No había vuelta atrás. Sus palabras habían sido grabadas. Y grabadas muy bien. Tal y como ella lo había pedido.